
editorial

IX

El ocio

El ocio para los antiguos latinos significaba descanso, inacción, como alternativa al trabajo. En su versión renacentista fue el dulce far niente. ¿Sigue siendo lo mismo para el hombre actual? ¿cómo será en el hombre del próximo milenio? El ocio en el sentido original, el ocio genuinamente pasivo, requiere de nosotros un abandono, una constatación de que existimos y que algo o alguien decide por nosotros, los dioses, el clima, el amante desdeñoso. Es el ocio de la religión del místico y de la esperanza del accidentado.

La mayoría de nuestro ocio va acompañado, sin embargo, de la búsqueda de lo nuevo, de lo mejor, en el presente o en el futuro. Es el ocio que reclama esfuerzo y que construye. Es el ocio activo. Probablemente el lenguaje, con toda la creciente riqueza de matices y complicaciones semánticas nació en períodos de ocio. Después de las razias guerreras, después del trabajo agrícola, los miembros de la tribu se reunían para comunicarse sus sentimientos, sus preocupaciones y deseos. En este ocio surgió la creación artística, la reflexión filosófica, las leyes y los modos de calmar o atraernos a los dioses. De este ocio reflexivo viene el conocerse a sí mismo y las proposiciones de actuación. En este modo, posiblemente, se ha hecho más civilización que en el período de trabajo activo: y así surgen el arte —quizás todo él producto del ocio— y la ciencia. Las grandes ideas científicas han nacido por sorpresa, en un paseo o en un entresueño. Este período creativo del ocio se completa con la realización de las ideas con el trabajo de levantar monumentos soñados, construir barcos y escribir libros.

Otras formas de ocio activo nos llevan al deporte, al riesgo, a la aventura de la alucinación y al sexo. Son éstos, ejercicios graciosamente elegidos como distracción, como relleno y contraposición al descanso, ejercicios que se quedan reducidos a sí mismos. Sólo en muy pequeña parte han contribuido al proceso de civilización.

Con el avance del tiempo histórico el hombre ha ido sustituyendo el ocio pasivo por el activo. El tiempo dedicado al trabajo se reduce

Editorial

X

y el dedicado al ocio aumenta. El trabajo pierde su atractivo de acto de creación para convertirse en obligación, en aburrimiento y en cansancio. Y el ocio compensador de esta vivencia deviene más activo; más parecido al trabajo. Se reduce el tiempo dedicado a la reflexión y al estudio, a la contemplación y al deguste de lo que nos acontece o contemplamos. El ocio activo es hoy cada vez más mecánico, más violento, más enervante, como compensación del rutinario, impersonal trabajo.

¿Hasta dónde va a llegar esta inversión en las próximas generaciones? Sin educación para rellenar el ocio, sin cultura que lo guíe, el ocio activo podría llegar a estar hecho de mero esfuerzo, de reto físico, pero desprovisto de fines y deshumanizado. Y el ocio pasivo llegar a desaparecer.

Antonio García-Bellido